

Uno de los relatos más hermosos de las Sagradas Escrituras es el que nos cuenta la historia de los descendientes del Profeta Noé, tras el diluvio, cuando toda la tierra hablaba una misma lengua. Esta gente intentó construir una altísima torre para llegar hasta el cielo. Cuenta la historia que Dios se enfadó con ellos y los castigó confundiendo sus lenguas, de modo que ninguno comprendiera lo que decía el otro. Las Sagradas Escrituras ubican este episodio en Babel, en Mesopotamia, la tierra de la que surgieron las historias más hermosas y los más grandes logros del pensamiento humano.

Desde aquel día en que Dios dividió las lenguas de la humanidad, nació la estirpe de los traductores como medio de comunicación y entendimiento, enviados de amistad y paz, consolidando las relaciones entre pueblos y culturas. Gracias a estos traductores, la civilización árabe y sus culturas conocieron una época dorada, ocupando un lugar destacado en la Historia. Mediante la traducción, trasladaron al árabe la filosofía y el pensamiento griego, la literatura y la sabiduría de la India y Persia. Este renacimiento tuvo su apogeo en la época de Harún al-Rashid y su hijo al-Mamún, al fundarse la Casa de la Sabiduría (Dar al-Hikma), que atrajo a los mejores traductores de distintos países para cumplir con su cometido científico.

Siguiendo el ejemplo de la Casa de la Sabiduría bagdadí, el rey Alfonso X el Sabio dirigió la Escuela de Traductores en esta ciudad en la que nos encontramos hoy, transformándose Toledo en la meca de estudiosos procedentes de todos los rincones de Europa para seguir los avances y leer los tesoros de sus bibliotecas árabes. Uno de los más destacados estudiosos que llegaron a la ciudad del conocimiento y las bibliotecas para

beber de su ciencia fue el gran erudito Gerardo de Cremona, a quien hoy honramos con este premio que lleva su nombre. Tradujo en la Escuela de Toledo más de ochenta libros de los principales científicos que crearon la civilización árabe, entre los que destacan Avicena, Al-Kindi, Al-Farabi o Averroes, y la mayoría de sus obras de pensamiento, filosofía, medicina y cirugía. En esta ciudad prendió la llama que inundó todos los rincones de Europa con la luz del saber y la ciencia, sacándola de las sombras de la Edad Media y las destructivas guerras feudales.

Hoy recibo este premio que lleva el nombre de un ciudadano universal de Toledo, y vuelvo la vista a más de treinta años atrás, al día en que se publicó mi primera obra traducida, la novela del colombiano Gabriel García Márquez, El coronel no tiene quien le escriba, el modo en que fue recibida esta traducción por la prensa o por los lectores, que puso patas arriba todos mis planes. Abandone todos mis sueños y otros proyectos, y me dediqué en cuerpo y alma a la traducción literaria y nada más. En ella encontré un tesoro inigualable: el afecto de los lectores de distintos países árabes, y la buena acogida que me han dado allá adonde he ido.

Que viva el espíritu científico que da nombre a este premio, y mil gracias a sus creadores, la Universidad de Castilla-La Mancha, la Escuela de Traductores y las demás instituciones participantes en el Premio.